

MUNUZA, EL ENAMORADO

OTMAN Abi Neza, Munuza, el bereber, terminó de ajustarse el turbante y cruzó el patio de la casa entre el rumor de las fuentes y el aroma mezclado de las flores, para dirigirse a la caballeriza. Llevaba el alfanje atado a la cintura y caminaba con paso lento, los sentidos alerta, al acecho de peligros o emboscadas, como si temiera enfrentarse, de un momento a otro, con un bosque de lanzas, pensando en tigres engañosamente dormidos, feroces y crueles siempre. Los presentía, inquieto y vigilante, ocultos por alguno de los corredores que atravesaba ahora, yendo a revistar sus caballos.

Miró por la celosía a las montañas que le recordaban su origen, la tierra de donde Tarik le sacó para traerle a España por una ruta de victorias y conquistas, que luego habría de prolongarse hasta las Galias. El sol, un cielo limpio, le invitaron a salir de la casa para contemplar abiertamente el paisaje, las gargantas pirenaicas de Ainsa. Se había iniciado el deshielo, pero la nieve aún cubría la parte más elevada del Bisaurín, la Llena del Boso y el pico de Aspe, cuya cara oculta desciende por el Bosque de las Hayas hacia Urdox. Munuza, entre la espada del emir y la pared de esas montañas que le separaban de las Galias, meditaba sobre cuál podría ser el camino más seguro para su inevitable huida. Abderrahmen Al-Gafaki le había conminado a romper la tregua de paz que, hacía ya más de tres años, había firmado con su suegro Eudo, el poderoso duque de Aquitania y de Vasconia, de la ilustre estirpe de los antiguos merovingios, ante el que Munuza había empeñado su honor y su palabra: "Juro por el misericordioso Aláh y el



sagrado libro de su Profeta que jamás cruzaré mis armas contra las del padre de mi amada”.

Munuza, héroe de tantas campañas, esforzado guerrero de sable y lanza, a caballo en la silla de estribos altos, sin más defensa que su alargado de piel de antilope, había entrado ya una vez vencedor en Aquitania, sus largos cabellos al viento, el medallón de oro rojo como un péndulo sobre su pecho, la mirada profunda e imprevisible frente a aquel duque, nieto del rey Cariberto, derrotado por su ejército tras una lucha sangrante y despiadada. El propio Eudo abrió las puertas de su palacio al campeador y Aláb puso la belleza en su camino. Nunca olvidaría el adalid aquella primera imagen de la hermosa mujer que cruzó en silencio, ante el severo cortejo, por una de las salas de palacio. El héroe detuvo su marcha arrogante y se quedó en éxtasis un momento. La mujer andaba descalza y parecía no rozar la tierra, cabellos de sol, ojos de mar verde y transparente, que le envolvió con la furia de su oleaje, palmera cimbreante de su lejano litoral mediterráneo, espejismo de un oasis feliz, sueño o realidad, Lampegia, hija de Eudo, le dijeron, y sólo preguntó si era doncella la que habría de amar ya sin renuncia. Asintió el duque tembloroso y siguió el cortejo hacia el salón del trono, llameantes y perdidos los ojos de Munuza que se enardecía planeando ya el asedio de la amada, para que la mujer se le entregase libre y no cautiva, como exigían su amor y su nobleza.

Y no fue fácil, recordaba ahora mirando el collado de Aspe, rendir a Lampegia y arrancarla de la tutela de su padre. Mensajes secretos, regalos y honores, promesas de paz para su pueblo, entrevistas clandestinas, hasta que la doncella ardió en su mismo fuego, hudiéndose en la noche brillante de sus ojos y no viendo ya sino por ellos. Lampegia abjuró de su religión y se unió a Munuza, partiendo a España con el caudillo y sus soldados. El bereber dejó un respetuoso mensaje para el duque Eudo, prometiendo velar por su hija, al que unió el documento firmado en que juraba no alzarse nunca en armas contra la Aquitania.

Eudo no tardó en perdonar la fuga de los amantes. Comprobó que su hija era feliz junto al noble Munuza y envió un emisario asegurándoles su afecto y protección. En cumplimiento de esta promesa el duque de Aquitania ayudó al bereber en sus revueltas en el norte de la península, cuando pretendió sacudirse el yugo de los árabes, a los que, como todo berberisco, consideraba extranjeros e indiferentes en materia religiosa, odiándoles, sobre todo, por su afán de dominio. La entrada de las tropas de Eudo por la frontera



superior, aunque no consiguieron derrotar a los árabes, supuso la primera intervención de los francos en España.

Y ahora se le ordenaba a Otmán Abi Neza, Munuza, compañero de Tarik y antiguo gobernador de León, que partiese con su ejército a invadir la Aquitania. De nada habían servido sus razones al emir Abderrahmen, que no reconocía la validez de una tregua firmada sin su conocimiento, ni mandato. "Entre los musulimes y los de Afranc no hay más razón que la espada", había dicho el emir, y su ira le hizo comprender también que entre el héroe y el traidor no había más distancia que el filo de su alfanje. Munuza había enviado una carta a su suegro para prevenirle de que el emir se aprestaba a conquistar la Aquitania y explicándole su situación en demanda de consejo. Dispuesto a no levantarse en armas contra Eudo, obligado por su amor y su palabra, desobedeciendo así las órdenes de Al-Gafaki, su vida y la de Lampegia corrían peligro inminente. Había pensado el bereber refugiarse en las Galias, pero ignoraba por dónde pasaría el ejército de Abderrahmen y tampoco consideraba prudente conducir a su muy amada Lampegia, sin otra protección que su brazo diestro y su sable, al escenario mismo de la batalla. No sabía Munuza, enfebrecido por la desazonada espera de las noticias del duque de Aquitania, que el emisario le había traicionado entregando su mensaje a un espía del emir, quien ya estaba al corriente de sus planes.

No se veía ningún jinete en el horizonte. El bereber caminó tembloroso hacia la caballeriza, demasiado silencio, ¿dónde se escondía la guardia?, ¿cuántos le eran verdaderamente fieles? Comían los caballos, inclinados hacia el suelo. Los servidores que se encargaban de las cuadras, le saludaron cabizbajos. Munuza dejó ir su mirada de uno en uno. Nadie habló, y él, con la mano en el puño de su alfanje, sólo dijo que ensillaran los dos caballos más veloces, y salió en busca de Lampegia. La encontró en el patio, descalza, como siempre iba por la casa, contemplando cómo se llenaba una orza con el agua de la fuente. El sol en su pelo, el mar en sus ojos, tranquilo hacia la playa de su amor, que aún le crecía y le inundaba, nublando todo lo que no fuese la belleza de aquella mujer, junco y gacela, tormenta y remanso, diosa y templo, a la que no podía mirar sin sentirse turbado. Sonreía Lampegia dulcemente cuando entraron en la casa, donde él la amó a plena luz, como si fuese la primera vez, como si fuese la última.

Menos de cincuenta fieles siguieron a los amantes por la montaña. Se dirigió Munuza al pico de Aspe para llegar a las Galias. Quizá las tropas



de Abderrahmen pasaran por Roncesvalles, lo que les alejaría notablemente de su ruta, pero si habían elegido su camino, confiaba en la ventaja del tiempo y en el temple de su alfanje. Ya habían abandonado los caballos, lo accidentado del terreno les impedía cabalgar, y era preferible andar por los desfiladeros del monte y los lugares más abruptos. Si eran perseguidos por los soldados de Abderrahmen, éstos se verían obligados también a dejar sus caballos y jamás hallarían a los fugitivos, si apresuraban la marcha. Munuza tenía la esperanza de que llegase tarde al emir la noticia de su huida.

Con algunas ramas gruesas habían construido una plataforma en la que los soldados transportaban a Lampegia, cuando lo abrupto del terreno lo permitía, para hacerle menos penosa la escalada. En los pasos más difíciles, Munuza la llevaba sentada en sus hombros como a un niño, alerta, a pesar de las precauciones tomadas, acechando al menor sonido en el aire, temblando por su amada hasta del ruido del agua de las cascadas y el cercano río.

Abderrahmen había enviado en su persecución a los mejores hombres, al mando de Gedhi ben Zeyan, con una corta arenga, que, si en algo estimaban sus vidas, le trajesen la cabeza del traidor. Y pronto rodearon los musulimes a la comitiva, cercando a los fugitivos cada vez más estrechamente. El bereber buscaba con angustia alguna cueva o grieta en las peñas donde ocultar a la amada, mientras se unían sus fieles a los de Gedhi, espantados del numeroso ejército que les acometía. Ya todo intento era vano. Se hallaban rodeados. Abrazó Munuza su cuerpo a la mujer, estremecida de miedo junto a una roca. Las lanzas cubrían ya al adalid, sangrante como una fuente roja de cien caños, por donde se fue su amor con una última mirada al horrorizado rostro de Lampegia.

Apresaron a la hermosa mujer y cortó Gedhi la cabeza del amante, para presentársela al emir como trofeo. La colgó Abderrahmen en el poste de los traidores y, al contemplar la belleza de Lampegia, exclamó con alborozo: "¡Gualá! Jamás se hizo tan preciosa caza en estos montes". Luego se lamentó de que no fuese doncella, pues la hubiera enviado al harem de Damasco, como un magnífico regalo para el califa.

Abderrahmen Al-Gafaki pasó a las Galias por Pamplona y Roncesvalles, derrotando al duque Eudo, y avanzó hasta el Loira donde su ejército fue deshecho por Carlos Martel junto a Poitiers, muriendo Al-Gafaki en la batalla. El duque de Aquitania arrastró su pesar tres años más, y murió sin



haber podido averiguar el paradero de su hija Lampegia. La historia dice que Abderrahmen Ben-Abdallah-Al-Gafaki, wali o emir árabe de España, gobernó con justicia y honradex y fue uno de los caudillos más valerosos de su época.

